

PUEBLOS RETRASADOS

*Los iniciadores fueron ellos mismos
iniciados por la Naturaleza.*

CAPÍTULO IV

PREHISTORIA CONTEMPORÁNEA.—ALIMENTOS.
VIVIENDAS Y FORTALEZAS.—VILLAS LACUSTRES.—LUGARES DE CITA.
SENDAS Y CAMINOS.—DISTRIBUCIÓN DE LAS VILLAS.
INDUSTRIAS.—ORNAMENTOS.

LOS múltiples cambios que se han producido entre los hombres desde su origen y que, en el conjunto, son designados en el lenguaje corriente como el «progreso», como la marcha de la civilización misma, no nos son conocidos de una manera directa sino en el período de la historia propiamente dicha, es decir, de los monumentos escritos, con fechas y nombres propios. Pero antes de esos tiempos en que la humanidad, ya consciente de sí misma, al menos por sus diversas naciones representantes, cuidaba de transmitir á las edades futuras los acontecimientos sucesivos de su existencia, una aurora anunciaba el día, y en esta media luz se perciben algunos restos de edificios y de institu-

ciones, se comprueba la existencia de ciertos pueblos cuyos éxodos y conflictos se siguen vagamente; se recogen también tradiciones y leyendas cuyo verdadero sentido se trata de interpretar, y esos restos sirven para establecer narraciones sumarias en que las suposiciones plausibles llenan las lagunas dejadas por documentos incontestados, á la manera que, en una inscripción mutilada, intercala el sabio las letras que faltan. Esta historia incompleta, primitiva, es la Protohistoria¹, cuyos límites indecisos retrocederán gradualmente hacia los orígenes más antiguos á medida que la ciencia proyecte en el pasado una luz más intensa.

Prehistoria y protohistoria acaban, y la historia propiamente dicha comienza en períodos muy diversos, según los pueblos y los lugares. Gracias á la floración precoz de la civilización en las comarcas del Mundo Antiguo, ribereñas del Océano Indico y del Mediterráneo, las miradas de la ciencia histórica penetraron allí mucho antes, cinco, seis y diez mil años anteriormente al período actual, mientras que en otros países, donde no se han descubierto documentos, las relaciones de los indígenas no permiten remontar en la historia más allá de algunas generaciones. Así el Nuevo Mundo, en su conjunto, no nos es históricamente conocido sino desde hace cuatro siglos, y algunos vislumbres nos revelan solamente, antes de la llegada de los europeos, la sucesión de los acontecimientos principales en el pasado de las naciones más civilizadas.

Puede decirse, además, que la prehistoria se continúa todavía para las poblaciones de una grandísima parte de la Tierra, que, á pesar de su unión oficial al resto del mundo, no dejan de estar sumergidas en plena civilización tradicional y se mantienen en su aislamiento intelectual y moral. Hasta en las naciones de la Europa occidental, en los círculos más brillantemente iluminados por el esplendor de la cultura moderna, los buscadores de costumbres, de tradiciones, de cantos populares, descubren incesantemente supervivencias y huellas de la antigua prehistoria. Gracias á esta coexistencia de las edades sucesivas de la humanidad, á esa penetración de las épocas, y sobre todo al estudio de los pueblos llamados «primitivos» ó más bien «retrasados», muy debilmente influidos todavía por los grandes pueblos conquistadores, se aprende á conocer por análisis los hombres de otro tiempo, nuestros antepasados, y se

¹ Palabra creada por G. de Mortillet? ó por Wilson (*Prehistoric Annals of Scotland*)?

trata de reconstituir su evolución en los antiguos medios geográficos más ó menos diferentes del ambiente actual.

Difícil es, ciertamente, ver por el pensamiento, con precisión suficiente, el género de vida seguido en tiempos pasados por las poblaciones primitivas cuyos huesos y armas se recogen; pero en muchos sitios la Naturaleza ha cambiado poco desde esas edades lejanas, y por otra parte, se tiene siempre como elemento de comparación los países donde se encuentran actualmente tribus que tienen costumbres análogas á las de las poblaciones que han desaparecido sin dejar más que testimonios de su forma particular de civilización.

Las distancias corresponden al tiempo: de comarca á comarca se viaja tan bien como de siglo en siglo. El hecho es que Miklucho-Maklai se hallaba, en un pasado remoto, escuchando á aquellos ancianos de la Nueva-Guinea que le hablaban de la época, poco alejada de ellos, en que el fuego era desconocido para su tribu, y en que no habían llegado á saber reproducirle artificialmente: cuando un carbón se apagaba en una choza había que ir á buscar una brasa á otra choza. ¿No están los Ta Olas, descubiertos en la espesura de los bosques de Celebes, más profundamente sumergidos en la sombría noche de los tiempos antiguos, anteriores al conocimiento de todo lo que, aparte del alimento, se nos ha hecho indispensable? Además, si hay progreso para gran número de grupos étnicos y especialmente para aquellos de que nosotros, los civilizados, hemos salido, ¡cuántas poblaciones retrogradan, volviendo hacia las viviendas de otro tiempo sin aire y sin fuego!

En primer lugar, ¿cuáles fueron los alimentos de nuestros antepasados? La observación de nuestros contemporáneos «primitivos» nos responde suficientemente. El alimento de los incultos difiere aún según el clima, la naturaleza del suelo y el grado de civilización alcanzado por los indígenas en la sucesión de las edades prehistóricas. Los insulares, aun aquellos para quienes la Naturaleza no se ha mostrado avara, como en muchos archipiélagos oceánicos, debían, todavía recientemente, limitarse á las frutas, á las semillas y á los brotes verdes de las plantas indígenas, á menos que añadiesen á sus comidas alguna caza suministrada por los escasos representantes de la fauna terrestre y los pescados ó frutos de mar que las aguas daban en abundancia.

En las proximidades del desierto, en las tierras pedregosas del clima uniforme, el régimen de los habitantes había de ser también muy poco variado, en tanto que las comarcas continentales, muy ricas en especies diversas, ofrecían á los residentes todos los elementos posibles de la alimentación más escogida. El medio hace el alimento del animal lo mismo que el del hombre, y, según los lugares y los tiempos, las diferencias pueden ser tan considerables, que el manjar más suculento de un individuo es para otro el más repugnante: hay gastrónomo que prefiere los insectos y los gusanos, otro la manteca rancia, la carne podrida ó las materias verdes y medio digeridas que se encuentran en el estómago del reno. Un mongol, compañero de Prjvalskiy, vomitaba de asco viendo á unos europeos comer pato, y él se alimentaba con tripas de carnero no lavadas. Naciones enteras se contentan con semillas y frutas, mientras que otras necesitan carne sanguinolenta, y muchas poblaciones, en diversos países de la Tierra, hasta beben sangre humana, sea por crueldad guerrera, sea por respeto al enemigo, para hacer pasar á su propio cuerpo el alma de un valiente—como lo hacen los malayos de Singapur, comiendo carne de tigre,—sea por alguna otra ilusión religiosa ó patriótica, sea también á consecuencia de hambres que cambiaron al hombre en animal de presa. ¡Cuántas veces se ha dado el caso de que unos marinos extraviados en el Océano han recurrido al sorteo para que uno de ellos sirviera de alimento á los otros! Dunmore Lang atribuye la gran proporción de canibales entre los insulares polinesios á la frecuencia de tales casos: sin embargo, el carácter religioso domina en las prácticas de la antropofagia. Ciertos alimentos y condimentos que son necesarios á la mayor parte de los hombres son inútiles para otros: la sal, de que no puede prescindir el civilizado de Europa, repugna á ciertas tribus del centro africano, que quizás se satisfacen con las sales de potasa ó de sosa que encuentran en sus alimentos de origen vegetal.

Los «restos de cocina», montones de conchas que se encuentran en las costas dinamarquesas, lo mismo que las *ostrerías* de la América española, los *sambaqui* del litoral brasileño y los montículos de desperdicios acumulados bajo las ruinas de las poblaciones lacustres, son restos de comidas continuadas de generación en generación, que se continúan todavía; en ciertas ciudades se acumularían por millones de metros cúbicos,

si esos fragmentos no fuesen utilizados de mil maneras, en los terraplenes, las construcciones y los abonos agrícolas. Se les hace desaparecer, pero el festín se prosigue incesantemente bajo formas cada vez más variadas, puesto que á cada comida se juntan los manjares exóticos importados por el comercio de una extremidad á otra del mundo.

Algunos de los «montones de conchas» dejados sobre el litoral de numerosas riberas marinas tienen dimensiones prodigiosas, atestiguan-do gran cultura



HABITACION DE SUMATRA (Véase pág. 159.)

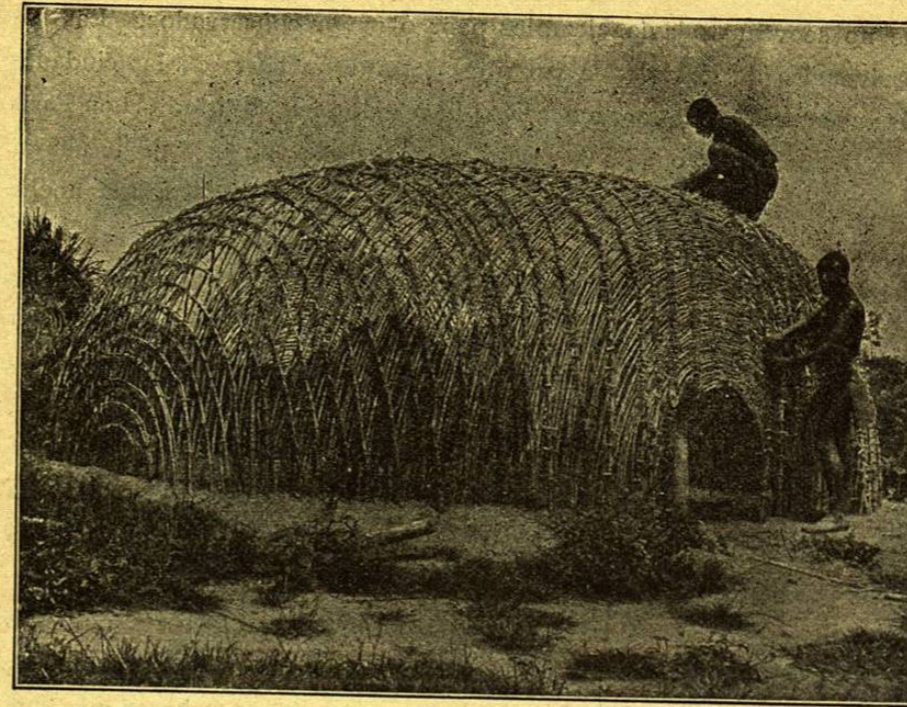
Dibujo de G. Roux, de una fotografía.

entre los ribereños del mar, porque no son individuos aislados, familias dispersas, quienes pueden haber elevado esos montículos de conchas de ostras y otros moluscos que tienen hasta 300 metros de largo sobre 30 á 60 metros de ancho y 3 metros de altura. No se cuentan menos de 69 *sambaqui* en las costas de mar Pequeño, en el Brasil meridional (A. Löfgren). Reuníanse, pues, los pescadores en gran número en aquella época para sus comidas de conchas, á las cuales añadían pescados de diversas especies, como también ciervos, corzos, cerdos, bueyes, perros, gatos, castores y nutrias, cuyos huesos roídos se ven en los montones de restos.

Desde las épocas en que se amontonaron aquellos lechos de conchas, muchas especies y variedades animales han desaparecido ó al menos se han modificado notablemente. Por otra parte se ha podido observar que varias formas animales existían ya en regiones de las que los historiadores las creían ausentes. Respecto de las especies vegetales se han hecho análogas observaciones: hay árboles frutales que se creían importados de Asia durante la dominación romana que existían libremente en la Europa occidental mucho antes de los tiempos históricos. A juzgar por los huesos de frutas encontrados en las grutas, los trogloditas del Mas de Azil conocían dos variedades de cerezas y tres de ciruelas en la época en que se formaban las capas de «guijarros coloreados». El nogal existía ya en las Galias en la época terciaria. Por último, al principio del período magdaleniano, el hombre conoció el trigo, puesto que esculpió en relieve las espigas¹. La viña existía también en la Europa occidental, porque se la encuentra en las *terramare* de las llanuras italianas durante la edad del bronce. En aquella época los italianos bebían verdadero vino de uva, cuyo uso se extendería probablemente de Oeste á Este y no al contrario, como antes se creía. En las mismas edades prehistóricas y hasta en los principios de la historia propiamente dicha, los hombres de los palafitos alpinos, en Varese y en Lubiana bebían vino del cornejo ó sanguino, y sobre la vertiente septentrional de los Alpes, desde Saboya al Austria, la bebida fermentada en uso era la que se fabricaba con frambuesas y zarzamoras². Todos esos líquidos producían la embriaguez, porque sabido es que el hombre sabía sentir la

¹ Ed. Piette, *Bull. de la Soc. d'Anthropologie de Paris*, sesión del 18 de abril de 1895.

² G. de Mortillet, *Les Boissons fermentées*, «Bull. Soc. de Anthropologie», 1897, fasc. 5



CAFRES CONSTRUYENDO UNA CABAÑA

Según una fotografía.

necesidad de huir de sí mismo por una locura temporal cuyo uso ordinario reglamentaron las supersticiones y los cultos.

Antes de la historia, las viviendas no eran menos variadas que los alimentos, puesto que dependían del medio, y todas las formas de habitaciones de otros tiempos se conservan en nuestras edades de civilización acelerada. El suelo cubierto de nieve daba al Esquimal materiales de construcción muy diferentes que el desierto pedregoso ó el frondoso bosque suministraban al árabe ó al hindu. Hasta cuando los hombres, ya ricos y cultos, han tenido empeño en construirse bellos monumentos de madera, ladrillo, piedra ó mármol, la naturaleza ambiente queda grabada sobre el palacio. «El clima se escribe en la arquitectura: un techo puntiagudo prueba la lluvia; plano, el sol; cargado de piedras, el viento»¹. Pero no hay edificios romanos ó góticos, ni una sola habitación, ni un mal cobertizo utilizado en las primeras edades de

¹ Victor Hugo, *Le Rhin*.